

Continuación Die WALKÜRE

Cuando vi que eran gemelos no sabía que hacer. Estaba sola y tenía a dos bebés en mis brazos, Siegschlau y Sieglöd eran como dos gotas de agua, como dos soles, con sus lisos y dorados cabellos.

Sabía que uno de ellos cumpliría el destino de su padre, así que resolví entrenarles en el arte de la guerra. Desde bien pequeños les enseñé como blandir una espada y a montar a caballo. Poco a poco crecieron, convirtiéndose en jóvenes y valerosos muchachos, altos como árboles y fuertes como rocas. Sin embargo, al igual que crecieran sus cuerpos, crecieron sus diferencias. Sieglöd parecía más interesado en sus posesiones y en las batallas. Siegschlau, por el contrario, no se interesaba en absoluto en los bienes materiales, más bien parecían interesarle las recompensas, y así crecía el abismo entre mis dos hijos.

El tiempo pasó rápidamente, hasta el día en que mis dos niños cumplieron los 18 años y se convirtieron en dos hombres, valientes y audaces, dispuestos a comerse el mundo. Como cabía esperar, no tardaron en marcharse a recorrer el mundo en busca de aventuras.

Sieglöd caminó hacia el norte y llegó a una sucia posada, donde escuchó que, según las leyendas, existía un dragón que guardaba el mayor de los tesoros: el Oro del Rin.

Siguiendo su instinto, se dirigió a la cueva donde vivía Fafner, el dragón. Custodiando su tesoro. Sieglöd anduvo días y días, durante semanas, siempre en la misma dirección, siempre en busca del dragón y su tesoro. Bebió agua del helado arroyo, comió de lo que cazaba y durmió al raso, siempre en busca de la cueva.

Al fin llegó, exhausto, a una cueva, grande como un castillo, de la cual salían humos amarillentos y anaranjados vapores, que desprendía un terrible olor de azufre y rodeada de un yermo y desolado paisaje invernal.

-Seguro que aquí vive ese dragón- se dijo para sí – Pronto seré el hombre más rico del mundo.

Cansado como estaba, no tardó en caer en un profundo sueño. Al día siguiente, vio al dragón Fafner bebiendo en el río.

-Esta es mi oportunidad.- pensó Sieglöd

Silenciosamente entró en la cueva, descubrió que, para su asombro, era mucho mayor de lo que parecía. Esparcidos por los rincones se hallaban pequeños huesos y pegada a las oscuras paredes se veía una rojiza y pegajosa sustancia. En una de las paredes una gran roca ocultaba una salida, pero, sin duda, lo que más llamaba la atención era el enorme y gigantesco anillo de oro situado en el centro de la cueva. Relucía como el sol a mediodía y lanzaba doradas miradas a su admirador.

-El Oro del Rin- exclamó Sieglöd

Entonces oyó al dragón, que regresaba de su incursión matutina al río. De modo que se escondió detrás del gran anillo. Después de tantos años guardando el anillo, Fafner conocía bien el olor de guerrero y no tardó ni dos minutos en percatarse de la presencia de Sieglöd, pero fue lo suficiente como para que el diestro guerrero desenvainase su espada y la hundiese con firmeza en la espalda del dragón. No obstante, este ataque no bastó y el malherido y sangrante dragón intentó, en vano, arrebatarse a su formidable rival la victoria. Como era de esperar Fafner, el dragón, y Sieglöd, el guerrero, se enfrentaron en una terrible batalla. Ambos exhibieron sus habilidades y, hay que reconocer, que el dragón se defendió realmente bien, pero, finalmente Sieglöd sesgó la cabeza de Fafner de un sablazo. Así el menor de mis hijos, Sieglöd, logró vencer al legendario dragón Fafner y consiguió, así, el anillo formado por el Oro del Rin.

Lo que él no sabía era que Alberich, el nibelungo, había observado toda la escena desde detrás de unos arbustos y planeaba, ya, robarle el tesoro que un día le perteneciese.

Volvamos con Siegschlau, al contrario que su hermano, decidió viajar hacia el este. Deambulando, cuando había caído el oscuro manto de la luna, encontró una triste posada donde dormir. Allí escuchó la leyenda que contaba la historia de una bella valquiria, llamada Brünhilde, que dormía rodeada por un aro de llamas; esperando a un héroe, valiente y audaz, para que la despertase y casarse con él. Al igual que su hermano, también escuchó la historia de Fafner, el dragón, y el Oro del Rin.

-De acuerdo- se dijo para sí- Primero rescataré a Brünhilde y después mataré al dragón y conseguiré el Oro del Rin.

Con esos pensamientos se durmió, resuelto a comenzar su viaje al día siguiente. Guiado por lo que contaban los aldeanos y lo que oía en las leyendas, Siegschlau anduvo durante semanas y semanas, durante meses, siempre recto, sin desviarse, siempre en busca de la bella Brünhilde. Se hospedó en viejas posadas y comió de lo que encontraba, fundió nieve para conseguir agua y tomó los alimentos sin cocinar, siempre en busca de su valquiria.

Al fin, cansado, llegó a un castillo que se alzaba sobre la extensa llanura como una inexorable montaña. Inmediatamente empujó el portón de madera y entró en la gran y única estancia. Se asemejaba a un gran salón de ceremonias, pero vacío. Lo único que había era la bella Brünhilde, tumbada sobre un lecho de piedra y rodeada por un llameante aro en llamas. No le costó demasiado a nuestro héroe atravesar el círculo de fuego, para rescatar a la valquiria de su profundo y eterno sueño.

Cuando se hubieron casado decidieron regresar a la cabaña de Siglinde, para visitarle y presentarle a su nueva nuera. Allí vio a su hermano menor, Sieglöd. Al enterarse de que su hermano tenía el Oro del Rin, decidió engañarle para quedárselo él.

-Hermano, es muy peligroso que tengas el Oro del Rin. Los dioses lo desean y también el nibelungo Alberich. Yo no deseo que te suceda nada.- le dijo- Dame a mí el Oro y así tú no correrás ningún peligro.

-De acuerdo- se convenció Sieglöd- No pensé nada de eso, pero ahora temo por mi vida.

De modo que le entregó el Oro a su hermano.

Sieglöd salió de nuevo en busca de aventuras y Siegschlau y Brünhilde volvieron a su castillo. Mientras, Alberich, el nibelungo, estaba realmente enfadado porque le habían arrebatado de sus manos el Oro cuatro veces, primero se lo quitó Wotan, después Fafner, luego Sieglöd y al final Siegschlau.

-Estoy cansado del Oro. Si no lo recupero esta última vez, juro que haré a su dueño el más infeliz de los hombres sobre la Tierra.

Alberich, disfrazado de mendigo, se introdujo en el palacio. Justo cuando se hallaba en la sala donde el gigantesco y dorado anillo era custodiado, fue sorprendido. En castigo le encerraron en las mazmorras, pero logró huir y secuestró a la bella Brünhilde como castigo a Siegschlau, por no devolverle lo que era suyo